



EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et justitiae partes tueudas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 33 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincia: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55 rue Taibout.—Mánila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

ADVERTENCIA.

Mañana, con motivo de la festividad del día, no se publicará EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

CÓRTESES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 31 de Enero de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR D. FÉLIX GARCÍA GÓMEZ.

Abierta á las dos y media, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

ÓRDEN DEL DÍA.

Presupuestos.

Leído el capítulo 11, referente á las obligaciones eclesiásticas, se dió asimismo lectura de la siguiente enmienda:

«Podemos á las Cortes se sirvan aprobar la siguiente enmienda á la sección tercera del dictamen de la comisión sobre el presupuesto de gastos:

«Se autoriza al Gobierno para deducir de las 41.611.674 pesetas que figuran en obligaciones eclesiásticas, la cantidad de 7 millones de pesetas, que se agregarán según las necesidades del servicio á los capítulos del 3.º al 8.º, ambos inclusive, de la misma sección tercera.»

Palacio de las Cortes 29 de Enero de 1870.—José C. Sorni.—Antonio Ramos Calderón.—Francisco Díaz Quintero.—I. Rojo Arias.—Juan Andrés Bueno.—P. Pi y Margall.—Juan Tutau.

El Sr. SORNI: Parece imposible, señores diputados, que en un presupuesto tan crecido como el que se nos propone, no se hayan consignado para Gracia y Justicia más que 48 millones y pico de pesetas, cuando para Guerra se consignan 92 millones, y 101 para Hacienda. Y aun si los 48 millones se invirtiesen de otro modo que el que se invierten, todavía la administración de justicia podría estar atendida; pero de lo que se gasta en las obligaciones eclesiásticas, que es una cantidad considerable, y lo que se destina á otras atenciones de ese ministerio, quedan solo 6 millones y pico de pesetas para la administración de justicia, como si esta fuera alguna cosa innecesaria.

A medida que los Gobiernos son más liberales, van dando mayor importancia á la administración de justicia. La Constitución de 1812 la elevó á gran altura, llamándola poder. Las Constituciones doctrinarias ya no la llamaban poder, sino ramo de la administración pública.

Id al Tribunal Supremo, y le vereis instalado en una casa alquilada, en lugar del suntuoso palacio que tiene en otros países; id á la Audiencia, y vereis en un edificio ruinoso hacinados los juzgados, y allí confundidos á los escribanos y procuradores con los litigantes y los testigos.

«Es esto decoroso, es esto digno? El Sr. Rojo Arias pide la palabra en contra del capítulo.» Señores, la dotación de la administración de justicia es escasa, y no es extraño que los ministros no puedan hacer nada.

Por eso yo deseo ver en breve el proyecto de reorganización de los tribunales, anunciado por el señor ministro de Gracia y Justicia; porque no sé cómo eso puede ser circunscrito al mequino presupuesto formado por la comisión, y mucho menos si se tiene en cuenta la necesaria separación entre lo civil y criminal, que exige una duplicidad de tribunales.

Por estas razones, y conociendo que el país no puede sufrir mayores contribuciones, habiéndose de hacer en el presupuesto el aumento que se pide en la enmienda, hay que reducirlo de otro donde sea menos necesario, en cuyo caso se halla el de las obligaciones eclesiásticas, donde pueden rebajarse 7 millones de pesetas. Con los 6 hoy asignados á la administración de justicia apenas toca cada español real y medio, cuando en Inglaterra, Bélgica, Francia y otros países cuesta 5, 6 ó 7 rs. esa institución á cada ciudadano.

El Sr. PRIETO y CAULES: Brevisimas consideraciones expone contestando al Sr. Sorni, y esto por un deber más de cortesía que estrictamente reglamentario.

La enmienda de S. S. se reduce á pedir un aumento de 7 millones de pesetas para las obligaciones de la administración de justicia; y estando ya aprobados los capitales de obligaciones civiles, admitir lo que se propone en el capítulo 10 equivale á volver la Cámara sobre sus anteriores acuerdos, lo cual no es posible.

Además, en el presupuesto no se discute la organización de los servicios; lo que se hace es ver si están bien ó mal dotados conforme á la organización que tienen, á fin de aumentar la cantidad en el primer caso, ó hacer economías en el segundo.

Respecto á la comparación hecha por el señor Sorni entre lo que se gasta en este presupuesto y otras atenciones de los diferentes ministerios, solo diré á S. S. que de eso se deducen dos cosas: primero, que los tribunales de justicia están mal dotados, lo cual nadie niega; y segundo, que en esos ministerios se gasta ó no se gasta con exceso.

El Sr. SORNI: Dice el Sr. Prieto que no puede aprobarse esta enmienda porque varía artículos ya votados. Desde luego su objeto es referent al capítulo 12 en adelante; pero debo advertir á S. S. que creyendo que abrazaba toda la sección, en cuyo caso debía discutirse antes que esta, la presente en tiempo oportuno y estaba dispuesto á apoyarla; pero la mesa, por medio del señor vicepresidente Montesino, me contestó que no era aquel el momento en que debía hacerlo, sino cuando llegara la discusión del primer de los capítulos á que principalmente afectaba.

Respecto á que en la de los Sres. Lopez Botas y Prieto no se pedia la supresión de juzgados, siento que S. S. se haya tomado la pena de rectificar una cosa que yo no dije. Yo hablé de la supresión de juzgados, pero no indiqué que fuese el Sr. Lopez Botas quien la propusiera.

Los Sres. Prieto y Sorni rectifican. Puesta á votación la enmienda, fué desechada. Se leyó otra que decía así:

«El sostenimiento del culto y clero catedral y parroquial es de cargo de las provincias y municipios respectivamente.»

El Sr. MORENO RODRIGUEZ apoyó otra enmienda para que las obligaciones del culto y clero las satisficieran las provincias.

Sustuvo, que las prescripciones del Concordato

no debían ser obstáculo para esta reforma, pues los Concordatos solo miraban á lo pasado y nunca al porvenir; de modo, que los Gobiernos han hecho estas reformas, sin atender á los Concordatos, viniendo estos después á sancionarlos.

El Sr. GONZÁLEZ, como de la comisión, contestó al Sr. Moreno Rodríguez, diciendo que el Gobierno iba á presentar un proyecto de ley sobre el Clero, más liberal de lo que proponía el Sr. Moreno Rodríguez. Además, lo que proponía este diputado introduciría una gran perturbación administrativa en los momentos actuales.

El Sr. MORENO RODRIGUEZ rectificó, é insistió en que debería hacerse lo que en su enmienda proponía.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA dijo pocas palabras, declarando que sus ideas respecto á la cuestión tendrían el gusto de exponerlas en breve á las Cortes en un proyecto de ley.

Rectificó el Sr. Moreno y fué desechada la enmienda en votación nominal por 104 votos contra 27.

El Sr. BENOT retiró su enmienda al capítulo 6.º después de haberle dicho el señor ministro de Gracia y Justicia, relativos al Clero catedral, cuya reducción pidió al ministro del ramo como cosa necesaria.

El Sr. ROJO ARIAS hizo algunas observaciones sobre varios artículos del presupuesto de Gracia y Justicia, relativos al Clero catedral, cuya reducción pidió al ministro del ramo como cosa necesaria.

El Sr. PRIETO, de la comisión, contestó al Sr. Rojo, asegurándole que el deseo de reducir los gastos del Clero catedral era general, y que pronto llegaría el día de resolver esta cuestión.

Y se levantó la sesión.

Eran las seis y media.

Continuando la sesión á las nueve y media, dijo:

El Sr. BARCIA: Deploro no tener enfrente algunos teólogos, y particularmente al Sr. Mantolera, para discutir la cuestión de que voy á tratar; porque los liberales no temen el debate con los absolutistas, ni lo han temido jamás.

Van para quince siglos que nos encontramos en dulas y conflictos que es preciso tengan término. Donde hay una Iglesia que se come al Estado, no puede haber nada estable. Estamos, señores, dando al Clero 170 millones, cuando hemos liquidado la Caja de Depósitos, cuando hemos hecho tantos empréstitos y estamos avocados á otros, y cuando no podemos levantar las cargas del Estado.

Se dice que es en recompensa del diezmo y las primicias; y no se tiene en cuenta que esto era la ofrenda que mantenía al Clero de Leví, y que la ley hebrea no es la cristiana. Si en la entidad de Cristo hubiera entrado la de Moisés, si en la Redención hubiera entrado la esperanza; qué hubiera sido de Cristo? ¿qué de la redención? Eso, señores, no puede ser; el testamento de otro no puede entrar en el mío; pues de entrar el uno en otro, no habría ninguno de los dos, sino una monstruosidad. Por eso Moisés no entró en Jesús, Moisés, que es el hombre viejo, se quedó atrás, y Jesús que era el nuevo, marchó adelante. Un gran ruido se oyó por toda la tierra, y esto significaba que el mundo antiguo cedía su puesto al nuevo, y que á la esclavitud sucedía la libertad.

Pablo el Apóstol decía que al llamarse nuevo al Testamento cristiano y al otro viejo, es porque éste se había anticuado; y lo que está anticuado, señores, se halla cerca de perecer; y el mismo Apóstol decía que la ley hebrea no elevó nada á la perfección, porque esto estaba reservado al cristianismo; añadiendo que esa ley había sido derogada por su flaqueza é inutilidad. Y por una ley derogada é inútil vamos á dar 170 millones?

Y hay otra autoridad d más peso, que es la de Jesucristo, de cuyas palabras se desprende que hasta Juan el Precursor está la ley antigua, y desde esta en adelante el cristianismo; de manera que el diezmo y las primicias no debían haber pasado de Juan.

Aho, a bien; lo que no ha podido llegar hasta nosotros no puede ser elemento de ley ni de derecho; de manera que nosotros no podemos dar una recompensa por un derecho que no existía. Como hombres de ley, pues, no podemos dar esa recompensa; y como cristianos debemos decir que se vaya con los hebreos.

Pero se dice: ¿cómo va á quedar el Clero? Como las demás clases del Estado. Si se atiende á sus relaciones con Dios, nada necesita; si se mira á sus relaciones con la sociedad, debe vivir de su industria, de su profesión, ó como se quiera llamar.

El Clero saca por razón de todos sus gajes una gran cantidad de millones que algunas veces se convierten en nombres y armas para la guerra civil: con ellos podría vivir muy bien el Clero catedral y parroquial. Este último Clero, llamado impiaemente Clero bajo, debía estar á cargo del municipio, del mismo modo que lo está el médico, pues las medicinas del cuerpo y del alma deben ser juntas, debiendo el cura vivir de su feligresía; como el médico vive de su clientela.

Tal vez se quiera hacer valer la teoría de los derechos adquiridos, de que tantas veces suele hablarse, sin considerar, por otra parte, que los derechos adquiridos han sido violados siempre por los Gobiernos cuando se han opuesto á su conveniencia. Cuando los Gobiernos no quieren hacer alguna cosa, invocan los derechos adquiridos; cuando les conviene proceder de otra manera, apelan á las costumbres y á los precedentes.

Compra un español efectos públicos porque sabe que no ha de pagar contribución, y sin embargo llega una época en que el Gobierno le quiere descontar un 5 por 100, y lo hace. Goza el empleado un sueldo en recompensa de su trabajo, y cuando se halla en posesión de no pagar cosa alguna por este concepto, se le descuenta otro 5 por 100.

Tengo yo una fineza, y se derriba para hacer una vía pública, por más que yo me oponga. Se encuentran los nobles en posesión de sus mayorazgos, y se declaran esos bienes libres. Tiene la Iglesia el derecho de adquirir bienes, y se adopta sobre esto la disposición que se cree conveniente. Cuántos se han inclinado ante la Reina y han usado esa fórmula de V. M. que Dios guarde, y se la ha expulsado después como á una mala criada? ¿Y qué ha sido todo esto, sino atentar contra los derechos adquiridos, una vez aceptada esa teoría? Señores, no se puede hablar

de derechos adquiridos ante la salvación del pueblo y ante la verdad inmutable del ser humano.

Los teólogos romanos hablan muchas veces de la Historia; y aun recuerdo que el Sr. Moret nos dijo en otra ocasión que debíamos traer datos históricos. Pues bien: si á ellos se atiende, nos encontraremos con que al Jefe de la Iglesia se le califica de más injusto que Judas y más abominable que Pilatos. (Ruidores.)

Señores, esto no lo digo yo: lo dice Santa Brígida, que fué canonizada por Bonifacio VIII; y es extraño que haya cristianos que reprueben el dicho de una Santa. Y no sólo decía esto, sino que añadía que el Papa era peor que Lucifer.

El Sr. VINADER: Pido la palabra para una cestión de órden.

El Sr. OCHOA (D. Cruz): Yo pido que se respete la religión que profesan la mayoría de los españoles y de la Cámara.

El señor VICEPRESIDENTE (Montesino): Orden. Yo ruego al señor diputado que se contraiga á la cuestión. (Varios señores diputados): Que hable, que hable.

El Sr. BARCIA: Es preciso que se tenga presente que no soy yo el que dice esto: lo dice Santa Brígida, y no soy yo el responsable de lo que dice una Santa, que decía también que el Papa era asesino de las almas; y tengo documentos para probarlo, como los tiene César Cantú, que es católico, apóstolico romano.

Aun dice más Santa Brígida: añade que el Papa es dilapidador de los bienes que Cristo agenció con su Pasión y muerte.

El Sr. VINADER: Yo pido que se llame al orador á la cuestión.

El señor VICEPRESIDENTE (Montesino): Orden, señor diputado: está V. S. realmente fuera de la cuestión, y la ruego que no siga por ese camino, expresándose de una manera que no está en armonía con el sentido que anima á la Cámara.

El Sr. BARCIA: ¿Cómo había yo de creer que no se atemperasen al sentimiento de mis dignos compañeros las palabras de una Santa? Pues ya he dicho que todo esto lo decía Santa Brígida. El señor VICEPRESIDENTE (Montesino): Señor diputado: nada tiene que ver Santa Brígida con los presupuestos.

El Sr. BARCIA: En la legislación pasada se hablaba de la necesidad de traer datos históricos, y por eso los he citado yo. Pero aun dejando esto aparte, recuerdo demasiado bien el terrible guerra civil porque hemos pasado, y no puedo menos de pensar en la que va á empezar.

Todos recordamos, señores, los autos de fe verificados al grito de «¡viva la religión!» y cuando al mismo grito se tiraba por muchos el carruaje en que iba aquel rey Fernando, y que no sonreía si no cuando sacrificaba liberales, y estaba siempre sonriendo, que tenía más vicios que narices, y eso que le llamaban narizotas; de aquel Fernando que después de haber dicho que marcharía por la senda constitucional, mandaba quitar la vida á Torrijos y Mariana Pineda, que al subir al cadalso procuraba recogerse el traje para que no se le pisara el verdugo, ese terrible auxiliar de los Borbones.

Por lo demás, señores, creo haber demostrado que el diezmo y las primicias corresponden á la ley hebrea y nada tienen que ver con la cristiana, y que ni puede hablarse de los derechos adquiridos, ni mucho menos citarlos en favor de Roma. Es preciso que la Revolución haga completa justicia, y que se haga la reforma necesaria en lo relativo al Clero. Si no se lleva á cabo, quedará la necesidad de acudir á nuevas revoluciones; y es seguro que si vosotros no redimís al pueblo, él se salvará á despecho vuestro.

El Sr. MORET: Señores, soy partidario de la libertad de palabra; pero declaro que me pesa que de ella se haga un uso como el que acaba de hacer el Sr. Barcia, para decir ciertas cosas que, por fortuna para la minoría republicana, son sin duda y yo considero como opiniones y juicios individuales de S. S.

Por esto mi contestación va directamente al señor Barcia. ¿Cuál es el origen del presupuesto del Clero? Ha dicho el Sr. Barcia que el diezmo y la primicia, que era la forma primera del pueblo de Israel. (Buena explicación!) El diezmo y la primicia es la forma de todo pueblo semítico.

Y cómo vino esa forma á España? Al empezar la Iglesia nació como institución oscura y olvidada, recogiendo en su seno todos los elementos dispersos de una sociedad, dándole vida al amparo de la suya; así fué como al lado de la Iglesia nació el rey, nació el municipio, nacieron los caballeros andantes y los que se albergaban en los conventos para cultivar el saber y la virtud; y nacieron hasta la industria y el comercio, porque en los átrios de las catedrales de Sevilla y Barcelona se celebraron los primeros mercados.

Natural es que este proceder de la Iglesia fuera recompensado, y entonces comenzaron las herencias las donaciones, y entonces un sinnúmero de bienes materiales empezaron á formar parte de la dotación de la Iglesia. Hecho natural, nacido de esa ley constante de la Historia, que dice que cuando todo perece, si una institución se levanta y recoge los gérmenes de vida que yacen esparcidos, también recoge la fuerza, el talento y el poder de la generación que restablece.

Y entonces fué cuando tuvo lugar el Concilio Lateranense IV, en que se trató de ver cómo había de atenderse á la Iglesia, y se convino en la forma del diezmo. Más adelante, esa renta vino á convertirse en renta también para el Estado por medio de las tercias reales, tributo que creó el gran monarca San Fernando. Este era el principio de una importante transformación que se verificaba.

La Iglesia había hecho nacer el poder real, y los reyes se pusieron enfrente de la Iglesia, y esa lucha entre ambas potestades dió origen á la teoría de los Concordatos y después á la teoría de la desamortización, siendo el primer monarca desamortizador Felipe II, que consultó á los teólogos para tocar á los bienes de la Iglesia; y hay, por cierto, un informe de Melchor Cano negando la conveniencia de desamortizar por razones de circunstanias.

Mas adelante vinieron las reglías, con lo cual iba el Estado poco á poco despojando á la Iglesia, hasta que llegó la revolución, que tiene en nuestro país, como en todos, tristes páginas en la Historia; pues la Iglesia había cometido el error de tomar parte por el absolutismo; vinieron las terribles escenas del día 17 de Julio de 1834, y comenzó poco después la transformación de la propiedad eclesiástica.

Por fin se le quitaron sus bienes al Clero secular, y cambiado completamente el modo de ser de la Iglesia, se creó la contribución del culto y clero.

Por fin se le quitaron sus bienes al Clero secular, y cambiado completamente el modo de ser de la Iglesia, se creó la contribución del culto y clero.

Pero pregunta el Sr. Barcia: ¿dónde están los títulos por los que la Iglesia tiene opción á este presupuesto? Ahí los tiene. ¿Qué hemos dejado á la Iglesia en esa transformación de su propiedad? Una compensación.

Y no se diga que no teníamos facultad para hacerlo, acudiendo á la doctrina de los derechos adquiridos. El derecho adquirido se traduce en el derecho definido, propio, personal; lo demás es un interés creado. Puede haber habido algo de injusticia en los detalles de la ejecución, pero en el fondo el principio es perfectamente exacto. Podemos, pues, variar la forma del presupuesto de la Iglesia; la obligación que nos hemos impuesto en la Constitución es la de mantener el culto y sus ministros con decoro; pero tenemos el derecho de fijar la cantidad suficiente para llevar ese objeto. Esta es la única cuestión que debemos debatir en este momento, y la única también que el Sr. Barcia no ha tratado.

En su lugar, el Sr. Barcia ha hecho otra cosa que yo deploro, porque no debe desgarrarse la conciencia de un pueblo católico ni aun por aquellos que tengan muy apagada la suya; porque, señores, hasta los más indiferentes no pueden menos de tributar un cariñoso recuerdo á aquella fe bajo cuyo amparo vivieron un día, yo recuerdo la frase de un escritor que decía: «En el interior del hombre habita Dios, y nadie debe ser osado á destruir la conciencia de otro.» (Aplausos.)

El Sr. BARCIA ha citado datos históricos. ¿Pero qué datos? Si yo me permitiera juzgar la gran idea republicana como su señoría ha juzgado la idea cristiana y católica, citando hechos particulares de sus sostenedores, acompañados de cuatro chistes y cuatro frases ineptas, ¿cómo me calificaría su señoría? ¿Sabe el Sr. Barcia dónde están los datos históricos para este asunto? Recorra los campos de Alarcos, las Navas de Tolosa, y toda la magnífica serie de nuestras glorias cristiano-militares: recorra la no menos magnífica de las obras de nuestros artistas, de nuestros escritores del siglo XVII, siglo de oro de la literatura: venga, por fin, á San Juan de los Reyes de Toledo y al museo de Madrid, y por todas partes encontrará monumentos de inspiración y de fe religiosa en los cuadros de nuestros pintores y en las obras maestras de nuestros artistas.

Ah, Sr. Barcia! Si no tiene otra creencia que poner en frente de la que queremos arrancar, no perturbe los corazones, no cegue los ojos con el polvo de vanas teorías á aquellos á quienes no habéis de enseñar otra verdad; no digais al caminante que al oscurecer el sol, todo se acaba, si no habéis de animarle con el anuncio de la nueva aurora, á cuya luz podrá continuar su marcha dirigiéndose á nuevos horizontes.

¿Creéis que en este presupuesto hay algo injusto? Decidlo; pero no lanceis vuestras censuras en el vacío; y sobre todo, no arrojéis el veneno del desprecio sobre una idea, á la cual no podeis oponer otra que llene el alma de los que os escuchan; pues mal podréis regenerar un pueblo, si no le dais más que odio y negaciones, en vez de amor, progresos y mejoras.

A petición del Sr. Ochoa se leyó el art. 16 del reglamento, que dice así: «El presidente podrá llamar al órden al orador que se exceda, y á la cuestión al que notoriamente se separe de ella.»

El Sr. BARCIA: El Sr. Moret ha pronunciado un elocuente discurso, pero no ha contestado á ninguna de las razones que yo he dado. Yo he dicho que el diezmo y la primicia desaparecieron desde que Jesucristo dijo la primera palabra del Evangelio, y así lo escribe San Jerónimo, que dice que Cristo murió por libertarnos de la ley; y San Juan Crisóstomo añade, que la libertad de la conciencia sustituyó á la servidumbre del mandato. Pues bien: un pueblo cristiano no puede dar 170 millones por un tributo que viene del diezmo y la primicia. El Sr. Moret no es capaz de contestar á este argumento. Hay dos hombres, y son los dos Juanes, que marcan los dos lindes en la edad religiosa, la edad hebrea y la edad cristiana.

El señor VICEPRESIDENTE (Gómez de la Serna): Está V. S. rectificando, Sr. Barcia; no contestando al Sr. Moret.

El Sr. BARCIA: Que la Iglesia cristiana tiene hombres notables. ¿Quién lo duda? También los tienen los oficios mecánicos, y los ha tenido hasta la esclavitud, pues hijo de un esclavo era el buen Papa San Calixto.

El señor VICEPRESIDENTE (Gómez de la Serna): No puede V. S. continuar de esa manera, Sr. Barcia, pues el reglamento lo prohíbe; ya otros oradores tomarán parte en el debate y contestarán al Sr. Moret.

El Sr. BARCIA: Pues concluyo diciendo que en contra de lo que ha recordado respecto á la Iglesia el Sr. Moret, yo también podría hablar de una infeliz mujer que quedó en camisa en la plaza pública, y de un poder que quería sacar de su tumba los huesos del Dante.

El Sr. MORET: Dejo al criterio de la Asamblea el juzgar si he contestado ó no al señor Barcia, y solo me levanto para decir á S. S., que si las razones que aduce son como las que le he oído en las dos sesiones en que ha usado la palabra, yo nunca espero adquirir las condiciones necesarias para contestarle.

El Sr. CASTELLAR: Al oír ciertas afirmaciones del Sr. Barcia, algunos individuos de la minoría absolutista se han sentido heridos y han pedido la lectura de nosé qué artículo del reglamento. Pues recuerden esos diputados que se han sentido heridos en sus creencias, cuánto luego del cielo lueves desde otras tribunas sobre las nuestras, y aprendan á tener tolerancia. Por lo demás, no me recordéis ciertas glorias del Cristianismo y ciertas hazañas de nuestros antepasados católicos; porque si vosotros me presentáis las torres Bermejas de Granada y el Nuevo Mundo apareciendo á los conjuros de la Iglesia, yo os mostraré á España despojada, sin riqueza, sin industria, y á nuestros pensadores quemados en las hogueras, víctimas de la más feroz intolerancia.

Pero esta no es la cuestión que se discute, y vamos al presupuesto. Yo no hubiera hablado en esta cuestión, á no ser obligado por las súplicas y los mandatos de la minoría. Esto sin embargo, el presupuesto envuelve las más altas cuestiones políticas y sociales, hasta el punto de que conocidas sus cifras se sabe la organización política de cada país.

Y bien, señores; ¿era creíble que después de

la revolución de Setiembre subsistiera en el presupuesto la dotación del Culto y Clero?

Señores, la Iglesia no ha existido sino por la fuerza, por el poder de la autoridad civil; así es que nadie menos que los absolutistas deben extrañarse de lo que nosotros pretendemos. Todos los grandes cambios religiosos han sido impuestos por la autoridad absoluta de un monarca: recordéis á Enrique VIII, á María la Sangrienta de Escocia, á Isabel de Inglaterra, y tendreis las grandes transformaciones en uno y otro sentido impuestas por la autoridad; lo cual prueba que no puede darse á ningún poder civil una autoridad muy grande.

Es indudable que los reyes se han creído con derecho á apoderarse de los bienes de la Iglesia; y yo á mi vez añado: si los reyes han podido quedarse con una parte, ¿por qué no con el todo?

Pero dice el Sr. Moret que nosotros no hacemos más que dar á la Iglesia una compensación por lo que le hemos arrebatado. Y bien; ¿teníamos derecho á arrebatárselo, sí, ó no? En el primer caso, no hay por qué concederle este presupuesto; y si no teníamos derecho, no basta una compensación; se necesita una restitución. Hay que restituir al Clero catedral los 250 millones que cobraba en 1803; al de las provincias de Castilla los 280 que cobraba cuando Carlos III abrió las informaciones para la contribución única; y hay que hacer á esta tener otras restituciones. Notad además que conduce esa teoría tan contraria á la verdad, pues la verdad es que compensáis á la Iglesia de una propiedad que era de todos los españoles.

Pero los monarcas no se han apoderado solo de los bienes de la Iglesia, sino también de sus alhajas, de sus cálices, de lo que hay más sagrado entre los objetos del culto, y bien sabeis que con el producto de ellos se han hecho algunas guerras, entre las cuales podeis recordar la de Carlos IV contra los franceses.

El presupuesto del Clero español es desmesurado y casi inverosímil, y para comprenderlo así no hay más que compararle con el de las demás naciones. Austria paga 250 millones á su Clero, con una población de 35 millones de habitantes. El imperio francés, que siempre ha considerado al Clero como un favorable elemento político, le consigna 120 millones de reales en el presupuesto central; los departamentos pagan 4 millones, y las provincias 89. Comparad aquella población con la nuestra, y vereis de qué manera tan fastuosa sostenemos nosotros á nuestro Clero, cortésano de Roma y el más ultramontano de Europa.

¿Conoceis un pueblo más católico que el belga? Pues paga al Clero 20 millones, contando 5 millones de habitantes; de modo que para pagar nosotros lo que la Bélgica, habríamos de satisfacer solo de 60 á 70 millones de reales. Cerca de nosotros está Portugal, que con 4.600.000 almas paga al Clero 17 millones. De modo que el pueblo que más gasta en su Iglesia en Europa es el pueblo español, cuyo Clero, desde que se acabó la guerra de la Independencia, es el que más deservicios ha hecho y el que más ha cobrado á su pueblo. Constantemente viene reclamando en todo y por todo el Concordato, menos en lo que ha debido cumplirse por su parte, y sobre todo, en el arreglo parroquial y en el de las diócesis.

No quiero examinar la desproporción que existe entre los municipios y las parroquias, y diré sólo que en la provincia de Burgos las contribuciones no alcanzan á pagar al Clero. Por nuestro sistema, esa provincia se pagaría todos sus servicios, y entonces veríamos si conservaba un Clero tan numeroso.

Apéñase se comprende que haya en nuestro país 20.000 parroquias, cuando escasamente tiene 10.000 municipios.

Y todo esto, ¿para qué? Ya no sucede lo que tan hábilmente nos pintaba hace pocos momentos el Sr. Moret. Ya la Iglesia no es la representante de la vida, de la inteligencia, del sentimiento, del arte; ya la Iglesia, si algo representa bajo aquel aspecto, es bajo su aspecto moral; y yo os digo: si le dejáis ese ministerio social que no quiero descomponer, no comprendo vuestro presupuesto.

Reconozco la necesidad del Obispo para velar por la pureza del dogma, y creo que el Cura es necesario para velar por la moral; pero ¿tiene ese mismo carácter el Clero catedral y el colegial, destinado únicamente á entonar salmodias que el pueblo ni comprende ni aprecia? ¿Qué destino tiene el Clero colegial y catedral de España? ¿Conservar los esplendores artísticos de la Iglesia, y esos esplendores no se pueden conservar hoy; así es que nuestro pueblo no comprende esas salmodias.

(Su señoría leyó una nota de lo que cuestan los Abades y Canónigos en varias catedrales, y continúa diciendo:)

El Clero catedral cuesta, pues, 28 millones; y yo os digo: ¿puede comprenderse ese lujo fastuoso de la Iglesia, que á nada conduce para el fin primordial, que es el de moralizar al pueblo? Un ministro de Gracia y Justicia ha habido que se proponía reducir á 38 las diócesis de España. El Primado de Toledo, decía ese ministro en una tertulia célebre, no se morirá de hambre con 100.000 rs., ni los otros Arzobispos con 80.000; y asignaba á los demás Obispos 60.000 reales. El Clero catedral, reducido á esto, no necesitaba del Erario, bastándole la Bula de la Santa Cruzada que debe tener y cobrar. Esta produce 4 millones de reales. Entregadme al Clero la Bula, y á vuelta de dos ó tres años producirá 25 millones: hoy la Iglesia lo descuida, porque lo recoge el Estado.

Luego añadía este señor ministro: para que no tengamos litigios sobre si pertenecen ó no á los bienes eclesiásticos las adquisiciones de la Iglesia, desmóle al Clero catedral las inscripciones intransferibles, y él se sostendrá fuertísimamente. Y después que había dicho todo esto el ministro á que me refiero, fijándose en el Clero parroquial añadía: ¿cuántas parroquias hay? 18.000; pues convirtámoslas en 8.000; y que ejerza el derecho de patronato no el ayuntamiento, sino el pueblo, que es el que tiene fe y alimento para todas las grandes instituciones. Por ese sistema, los feligreses que nombren pagarán; el Estado, cumpliendo lo prevenido en la Constitución, garantizará este pago, y el Clero será más independiente. Tengo que hacer esta justicia al ministro que esto proyectaba, por lo mismo que no es de mi comunión política.

Y ¿por qué no se realizó este proyecto? Por el estado de esta Cámara, por la indole de las fuerzas de esta mayoría, con las cuales cuenta mucho el señor presidente del Consejo de ministros,

pero cuenta para no hacer nada. Dígalo si no, lo que ha sucedido con la candidatura del duque de Génova, que apoyada por una parte de la mayoría, no lo ha sido por otra, por considerar que no la obligaba a tanto la conciliación. Lo mismo ha sucedido con la candidatura del duque de Montpensier. Viene luego la cuestión de las alhajas de la corona, y parte de la mayoría os abandona, como se dispone a hacerlo en la cuestión próxima á discutirse sobre la Constitución de Puerto Rico.

Ahora se presenta la gran cuestión, la cuestión más trascendental, la de separación de la Iglesia y del Estado, y tampoco en esto reza la conciliación para una parte de esta mayoría.

Esto prueba de una gran manera evidente que los partidos conservadores en tiempos revolucionarios, lejos de ser un auxilio son una rémora, y serán necesarias nuevas catástrofes, nuevas violencias y una nueva reacción que traiga una nueva revolución, para que nos libertemos del presupuesto del clero.

Nos direis que nosotros pretendemos la separación de la Iglesia y del Estado. Es una verdad; pero agotados todos los sistemas de unir la Iglesia y el Estado, y viendo que eso es lo que viene resultando constantemente, ya sea el Estado el que predomina, ya predomine la Iglesia.

Buscad el sistema medio, y en él encontraréis que hay épocas en que la Iglesia predomina sobre el Estado, y sucede lo que sucedía antes de la revolución; y hay épocas en que el Estado es el que predomina, como ahora, y los ministros de Gracia y Justicia mandan á los Obispos como el ministro de la Guerra manda á sus soldados, y dice: «si yo pago y yo nombro, yo mando»; y los ministros de la religión que hablan en esta Cámara, esos ministros que debían haber pedido con nosotros la libertad para la Iglesia, la arrojan sobre ese pavimento y estendieron la mano para pedir la paga del presupuesto, esa paga maldita que debía haberles abrasado aquella mano.

Las religiones, señores diputados, no se pueden imponer porque sus preceptos son invariables: si impones una religión, creas muchos hipócritas, pero no creas fieles. Las leyes coercitivas no pueden nada sobre el pensamiento humano, y ese ejército asalariado con 170 millones de reales no podrá hacer nada contra una idea. Este es el sentido general de toda Europa. No hay más medio de relacionar la Iglesia con el Estado que el sistema americano. Los puritanos fueron allá huyendo de la persecución religiosa, y proclamaron la libertad completa de la Iglesia y del Estado, que desde entonces está escrita en las altas montañas y en los bosques vírgenes de América.

Ved lo que ha sucedido después en Irlanda: aquella Iglesia pesaba grandemente sobre el pueblo inglés, y estaba la separación del Estado: en Suiza se siente ese mismo movimiento de separación, porque los ortodoxos no quieren aceptar las predicaciones de los que aceptan la doctrina de Calving, y consideran al catolicismo como una gran escuela moral, y á Cristo como el primer hombre de todos los siglos. El Concilio va á declarar la infalibilidad del Papa; y si sucede eso encontraréis con que vuestra Constitución es imposible, y con que para evitar una pugna á cada paso con la Iglesia, y una pugna á cada paso dentro de cada familia, tendréis que realizar también vosotros esa misma separación.

Pues si lo habeis de hacer entonces, realizadlo desde luego, y suprimid ahora este presupuesto.

El señor VICEPRESIDENTE (Rodríguez): Se suspende esta discusión.

Orden del día para mañana: sorteo de secciones, dictámenes de la comisión de casos de reelección, y continuación de la discusión pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las doce y media.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE FEBRERO DE 1870.

PRUDENCIA.

Todos los partidos que tienen gran fé y entusiasmo, y más aún los que por defender una causa justa y santa están dispuestos á arrostrar todo género de peligros en la confianza de que la victoria ha de coronar algún día sus esfuerzos, suelen pecar por falta de cautela, mostrando que sólo poseen una de las dos condiciones que Nuestro Señor y Maestro recomendaba á sus discípulos, diciéndoles: sed cándidos como la paloma y prudentes como la serpiente.

El partido carlista, pareciéndose en esto á cierto partido revolucionario, fué siempre paloma que se dejó cazar de los gavilanes de la política, únicos que han sabido aprovecharse en España de todos los entusiasmos, de todas las generosas expansiones de los partidos radicales. La nobleza, la caballería y el desinterés que los defensores del altar de Dios verdadero y del trono del Rey legítimo, han presentado constantemente su pecho á los dardos de sus enemigos, es cosa que nadie será osado á negar; pero esa nobleza, esa caballería, ese desinterés no han sido sazonados con la indispensable cualidad de la prudencia, de la cual pende por lo común el éxito de las grandes empresas.

Tratamos con hombres, con hombres llenos de perversidad y malicia, que solo tienen el ánimo atento al modo de lograr mejor los fines que su egoísmo les propone, y no los que ordena el deber y exige el bien de la patria. ¿Cómo nos ha de bastar, para no salir perjudicados en trato semejante, la candidez de la paloma? ¿Cómo no hemos de menester la prudencia de la serpiente? Si tratáramos con ángeles, ¿qué es con ángeles? si tratáramos siquiera con gentes de bien, con verdaderos cristianos, muy en su lugar estaría que no hubiese en todos nosotros ni una sola gota de hiel, y aun así convendría mucho no arrinconar la prudencia, como arma inútil, porque hasta en las cosas más santas es necesaria, que por algo figura en el número de las virtudes, y eso que es cualidad distintiva de la serpiente.

Decimos esto, que ciertamente no es nuevo en nuestras columnas, al ver el general entusiasmo con que nuestros amigos saludan el nuevo período de vitalidad y energía en que el partido carlista acaba de entrar. La lucha electoral ha reanimado notable-

mente el espíritu un tanto apagado, aunque jamás abatido, de los que han contestado siempre con un *no importa* á los reveses de la fortuna y á los ensañamientos de la desgracia. La formación de comités en todas las provincias; la autoridad y la decisión de las personas que se han puesto al frente de esas juntas con un valor y un desprendimiento que nunca serán bastante-mente agradecidos; la disposición que se muestra en todos nuestros amigos á no escasear sacrificios, por duros que parezcan, con tal de contribuir en algo al triunfo de la justicia, fin altísimo que nos proponemos, dicen bien á las claras que si oportuna y conveniente ha sido en otras ocasiones la recomendación de la prudencia, nunca más que ahora, porque nunca más que ahora la fundada pero ciega confianza en el éxito puede dar al traste con los planes mejor combinados.

Ya nadie ignora que el Gobierno y sus periódicos y sus agentes apelan al recurso de alarmar al país con rumores de trastornos reaccionarios, siempre que se presenta alguna cuestión grave que resolver, ora se trate de votaciones importantes en las Cortes, ora de elecciones, ora de candidaturas para el trono. Estos días ha podido observarse que mientras el pueblo daba cierta intención siniestra á la gran parada que simultáneamente se ha de celebrar en Madrid y Barcelona, los diarios ministeriales trataban de fijar las públicas miradas en los trabajos de los carlistas, y en los subterráneos preparativos que hacen para recibir un *nuevo escarmiento*. Todo esto es pura invención de esos policías diarios, de esos corchetes periódicos que tratan de pagar el pedazo de pan que el Gobierno les arroja sirviéndoles de sabuesos de la peor especie; pero invención y todo, bueno es que nuestros amigos no den el más leve pretexto con alguna ligera imprudencia para que los sabuesos ladren.

Que hay mucho que trabajar, es indudable; que debemos invadirlo todo y buscar á nuestros adversarios en sus mismas trincheras y combatirlos y vencerlos con sus mismas armas, es evidente; porque el rey lo manda, y lo manda con razón y fundamento. Pero todo esto debe ser hecho con el tacto propio de los hombres expertos, sin más ruido que el indispensable para que nuestra fuerza y nuestra organización sean conocidas por aquellos que esperan *algo formal* para venir á formar en nuestras filas; todo esto hecho con la candidez de la paloma, pero con la prudencia, con la provechosa astucia de la serpiente.

Sea cualquiera la obra que tratemos de emprender, vayamos siempre con la idea de que nuestros enemigos nos acechan; que buscan un pretexto para cruzarse en nuestro camino y cortar nuestra marcha; que ansian una excusa para caer sobre nosotros y descargar en nuestros pacientes hombros todo el peso de su ira y de su aborrecimiento. Pensemos más en ellos que en nosotros mismos; más en burlar su diligente odio que en apresurarnos para llegar á nuestro fin.

Debemos además portarnos con ellos como ellos se porten con nosotros: al caballero tratarle como caballero; al asesino como asesino. Seamos complacientes y espansivos, aunque no dejando de guardar la conveniente reserva, con los hombres de bien, sean cualesquiera sus ideas políticas. Ellos se convencerán cuando en nuestros propios hechos vean la bondad de nuestras doctrinas. Seamos implacables con los bribones, porque de ellos nada podemos esperar sino deslealtades, alevosías e infamias. Ayer dimos cuenta de cierta partida de la Porra que han formado los carlistas de una población para contrarrestar las coacciones de otra partida liberal del mismo género. Hé aquí un excelente sistema, en el orden material, que no recomendamos bastante á nuestros amigos. Repeler la fuerza con la fuerza en caso de necesidad es de un efecto moral sorprendente. Se permite, por ejemplo, á los liberales ir á votar con fusil ó trabuco; pues vayamos nosotros, si es posible, con cañón. Gritan ellos; gritemos más. Así como así quien más grita suele llevarse la palma. Y si la autoridad de un pueblo comete una arbitrariedad, que no pase sin protesta. Apélese inmediatamente á la autoridad de la provincia, y si esta no hace justicia, al ministro y luego á las Cortes y al mundo entero, si es preciso, para que á fuerza de ruido no dejemos dormir ni comer en paz á nuestros adversarios. ¡Ya que nos comen las entrañas veamos si podemos darles una indigestión!

En cuanto á la manera de organizarse, creemos que lo mejor es dejar en cierta libertad á las provincias para que determinen el modo y la forma con arreglo á las circunstancias locales. Téngase siempre especial cuidado en que figuren al frente personas de representación, de arraigo y de reconocida probidad, rodeándolas de hombres inteligentes y activos. Claro es que la libertad de las provincias no ha de degenerar en absoluta independencia que tenga todos los visos de anarquía. Sus proyectos han de conformarse á un proyecto común y sus actos han de tener solidaridad con los actos de los demás.

Para hacer todo esto hemos recomendado la prudencia. Pero tampoco esta sola basta: es necesaria también la paciencia.

Todo éxito se funda en la oportunidad. La combinación más feliz y más hábil se desbarata como un castillo de naipes con un arranque de impaciencia ó con una tentación de pereza. ¿Qué vale la fruta más deliciosa si no se la deja sazonar ó si se espera á que caiga del árbol ya podrida? ¿Qué valdrán los generosos esfuerzos de nuestros amigos si no aguardan á que la Providencia—de la que tanto solemos olvidarnos—indique el momento propicio, y el hombre elegido para este caso por la Providencia entienda su indicación?

Aprendamos de una vez lo que nos conviene. Seamos ya serpientes sin dejar de ser palomas, que hasta tiempo hemos sido palomas cándidas exhaustas de aquella prudencia aconsejada por el Divino Maestro.

FALTA YA LA PACIENCIA.

¿Cuán dignos se hacen del nombre que llevan los representantes del pueblo cuando de la Iglesia se trata! ¿Qué sesión la de anoche! Ponemos parte de ella en este número, para que los españoles se escandalicen y conozcan bien á los profanadores de su honra, á los que ultrajan sus creencias. Pobres murciélagos á quienes deslumbra y atemoriga la luz del día, de alas pesadas y raquítico vuelo, no pudiendo elevarse á las serenas regiones de la grandeza y de la verdad, se arrastran por el fango de la tierra, y allí encuentran la satisfacción de todas sus nobles aspiraciones. Un mercado y un ferrocarril: hé ahí los únicos bienes porque debe suspirar el hombre.

Una institución que, como la Iglesia católica, tiende sus miradas y dirige sus pasos hacia lo infinito, iluminando las frentes con los resplandores de la luz eterna, y haciendo oír al alma desterrada los ecos de una patria que se esconde más allá del firmamento y tiene por escabel los mundos estelares; una institución que ennoblece al hombre hasta unirle con la divinidad, y que ejerce el suave influjo de su amor sobre las inteligencias y los corazones, rigiéndolos y vivificándolos; una institución que ampara todos los infortunios y sublima todos los dolores, que enciende en los pueblos la antorcha del bien y de la moral, alimentando su fuego á través de las edades y generaciones, que repite sin cesar al oído del humano linaje los cantos de la esperanza inmortal, y hace dulces las penas de la vida, no dice nada, no habla nada á los que tienen seco el corazón, baja la mirada, oscura ó deslumbra la mente.

¿Qué falta les hace á ellos la Iglesia? ¿Qué saben ellos de las cosas del alma y de los misterios de la vida? Dadles abundante mesa y habitación cómoda, y nada más os pedirán. Por eso claman contra la propiedad de la Iglesia, acusándola de rémora del progreso y de la civilización. ¡Insensatos! ¿Dónde estarían ellos, dónde la civilización, si no fuera por la Iglesia, siempre odiada y perseguida, pero siempre amada y venerada, siempre bienhechora y fecunda?

Los bienes de la Iglesia: hé ahí el blanco de las iras de la revolución. Ya sabíamos nosotros que la voz de nuestros legisladores no dejaría de clamar contra ellos, queriendo despojar por entero á la que ha sido iniciadora de la despoja. La revolución mira con ansia envidiosa el pan de que se alimentan los ministros de Dios, y para arrancárselo de las manos, se desata en injurias contra la Iglesia inmaculada, queriendo manchar su brillante majestad, con el lodo del insulto y de la calumnia.

Bravamente se portó ayer el Sr. Bécerra. Él, que no hace mucho fué mirado en las Cortes como ente risible, y llevó sobre sí el más espantoso ridículo, ayer repugnaba, no ya á los católicos, pero también á todo hombre de buen sentido. Cambiando el presupuesto eclesiástico, no hizo más que insultar y denigrar la religión de sus padres llevando de improperios á la persona augusta del Vicario de Cristo, acompañándolo de sandeces y necedades. Compréndese bien, que el Sr. Moret, que si dista mucho de ser un ferviente católico, estima al menos el propio decoro, rechazara indignado en su discurso las irrespetuosas frases del señor Bécerra, y terminara diciéndole, que «si las razones que aduce en sus tesis, son como las que ha usado en las dos sesiones en que se le ha oído hablar, él esperaba no adquirir nunca las condiciones necesarias para contestarle».

Parece que no se le puede decir más á un hombre que, como el Sr. Bécerra, presume de llenar cumplidamente su puesto en el Congreso y, por cierto que nadie tendrá por injustas las frases del Sr. Moret; porque, efectivamente, para contestar al Sr. Bécerra sería preciso ser como él.

Habló luego el Sr. Castelar, y aunque variando la forma, en el fondo se diferenciaba poco de su compañero el Sr. Bécerra. Así lo quiere la pasión política, así lo exige el odio al catolicismo, que es la religión del sufrimiento y de la humildad. De nada sirve que los hechos brillen con luz resplandeciente y hablen con elocuentes voces, cuando no se quiere ver ni oír; no contendrá la verdad

histórica á un catedrático de historia, si le conviene asentar falsedades; no confesará la inmensidad del espacio y la extensión del horizonte, el geniecillo de chicas alas que, como la mariposa, no puede elevar su vuelo por cima de las flores de los jardines. Para estos géneos ¡tan estrecho el catolicismo!

¿Cómo se atreve el Sr. Castelar á decir que todos los cambios religiosos han sido impuestos por la autoridad absoluta de un monarca? ¿Qué monarca convertía á los pueblos, cuando los mártires enrojecían con su sangre las arenas del circo, y los apóstoles de la Cruz atravesaban los bosques germanos y las britanas playas, y domaban la barbarie y plantaban la semilla de salud en el corazón de las generaciones? ¿Qué monarca irá con los esforzados hijos de Loyola y de Javier á derramar su generosa sangre por llevar la luz y el bien á las regiones de Oriente y del Nuevo Mundo? Cite el señor Castelar á Enrique VIII y á Isabel de Inglaterra, que llenaron de horrores á los pueblos, por plantar el árbol maldito de la protesta; recuerde los desórdenes de Munster, las crueldades de todos los reformadores, las violencias de los príncipes y pueblos corrompidos por ellos. Donde quiera que se ha querido establecer el libre examen, como también su hijo el liberalismo moderno, allí han ido los horrores, la venganza, las violencias, la muerte, el esterminio: para arrastrar la semilla de la fé católica, no se ha derramado otra sangre que la de los mártires y confesores.

Así esta ha dado frutos de bendición, y la Protesta y la revolución han causado do quiera ruina y estrago. ¿Cómo se atreve el Sr. Castelar, repetimos, á decir que la Iglesia ha hecho poco y que hoy no hace nada por la civilización, que ha causado y causa grandes males á los pueblos, culpándola de su atraso y de su miseria? ¿Quién ha fundado las naciones, los municipios, las leyes, las costumbres, mas que la Iglesia católica? ¿Quién si no ella ha derramado en los pueblos la luz de la ciencia y el esplendor del arte? ¿Quién ha abierto las universidades y colegios, creado las bibliotecas y dado impulso á todos los conocimientos humanos, sino la Iglesia católica?

El mundo está lleno de sus maravillas, y la gérula sofisteria no bastará á hacerlas olvidar. Concretándonos á nuestra patria, todo su esplendor, toda su historia, su literatura, su arte, su ciencia, sus códigos, todo lo debemos á la Iglesia católica; la Iglesia de Teresa de Jesús y de Luis de León, de Herrera y de Rioja, de Murillo y de Velazquez; la Iglesia que levantaba las catedrales de León, Sevilla, Toledo y Burgos; la Iglesia que alentó el fuego del patriotismo en la guerra de la Independencia; la Iglesia que fundó los asilos del dolor, de la miseria y de la orfandad; la Iglesia, que con sus heroicas virtudes, avergüenza á sus calumniadores y á los que, debiéndoselo todo, quieren arrancar hasta el pan que sustenta á sus ministros.

¡Ah! si la justicia de Dios permitiera que por un momento se cumpliesen los designios de la revolución, ¡ay de la patria! ¡ay de la sociedad y la familia! Acusais á la Iglesia de haber empobrecido al pueblo, y no veis que la miseria empezó cuando la Iglesia fué despojada. Ricos eran los pueblos cuando la Iglesia, madre amorosa, poseía bienes. Ahora los pueblos padecen hambre y frío y desnudez, porque la Iglesia está perseguida, y sus bienes los devoró y devora la revolución, que es la tiranía y el azote de las naciones.

El Pueblo, muy dado á desenterrar cierta clase de documentos, reproduce hoy, con bien poco tino por cierto, uno importante, que es la prueba más acabada de las profundas divisiones que en el trascurso de algunos meses han destruido al naciente partido republicano español. Es el tal escrito el manifiesto que este partido dió el 31 de Octubre de 1863, y va firmado por los republicanos principales de aquella época. Así es, que al lado de la firma de Rivero, aparece la de Figueras; las de Martos y Becerra hallanse junto á las de Castelar y García López, y hasta la de Eugenio García Ruiz campea no lejos por cierto de la de Roque Bécerra. Páese bien, en ese documento célebre hay párrafos importantes, confesiones preciosas, enseñanzas magníficas para el futuro monarca democrático, que nosotros debemos recoger. Hélas aquí:

«Que hoy, dice, sean los derechos individuales, LA AUTONOMÍA DEL MUNICIPIO Y DE LA PROVINCIA, LA SOBERANÍA DE LA NACION Y EL SUFRAGIO UNIVERSAL para nuestro partido, como la atmósfera para el planeta! Hoy que es el día de la victoria, *¡fijemos nuestros ojos en la bandera que nos guió á todos al combate!*»

Veamos ahora cuál es la bandera que guió á todos unidos al combate:

«Sin duda, prosigue, el principio fundamental

de la democracia en la forma de Gobierno, es la República. Pero no un vano simulacro de República, sino la REPÚBLICA VERDADERA, la que mejor garantiza los derechos naturales del hombre y la soberana independencia de los organismos políticos. Por esto la proclamamos todos; pero no meramente por sí mismas; como si teniendo la República todo lo demás, justicia y libertad, importara ya poco.

De esta suerte, siendo el fondo del ideal democrático violado y desmentido allí donde no se reconocen y cumplen sus principios, y siendo la República su genuina forma, no es menos esencial para la democracia uno que otro elemento, y no será democrática quien ambigua no admita y proclama. En este sentido no hay más democratas que los democratas republicanos.»

Parécenos que la bandera aparece bastante desplegada en los párrafos precedentes. La república verdadera, no un simulacro de república, guió al partido democrático unido al combate, y en esta bandera prometían fijar los ojos los firmantes del manifiesto. Pero los políticos modernos, que se rien de los distinguos escolásticos, porque sin duda no se han tomado el trabajo de estudiarlos, han establecido otros más adecuados á las exigencias de la época, y de aquí, que según el mencionado manifiesto, pueda uno de sus autores tener fijos los ojos en la república y adular servilmente á un monarca, reconocer y proclamar en absoluto los principios democráticos, pero guardárselos bajo siete llaves por exigirlos así las condiciones históricas.

Esto sin duda ha motivado la gran división que se advierte entre los antiguos democratas, de los cuales algunos, fijos los ojos en la república, andan mendigando un rey de puerta en puerta por todos los pueblos de Europa, interin estos proclaman la república federal y aquellos la unitaria; esto ha motivado también que con la aquiescencia y hasta la cooperación de muchos y notables democratas, que reconociendo y proclamando en absoluto todos los derechos no creían cumplidos sin duda las condiciones históricas para su ejercicio, hayan sido conculcados, no ya los derechos del ciudadano, sino los derechos del hombre, y asesinados sin formación de causa y con crueldad inaudita multitud de españoles con escarnio de la ley y bafa de la moral pública. ¡Desgraciados mártires de Montealegre y de otros puntos, á quienes las condiciones históricas condenaron á morir como bestias en el pleno y absoluto imperio de la democracia y de los derechos absolutos! ¡Afortunados democratas, á quienes esas mismas condiciones permiten vivir alegre y opíparamente, sin que logren turbar sus gozos los lamentos de tantos infelices, muertos sin formación de causa, pero á los gritos de «¡vivan los derechos absolutos!»

Mas dejemos recuerdos lastimosos y hablémos de cosas alegres.

Hemos visto como por el portillo de las condiciones históricas, algunos de los partidarios de la república se escaparon á la monarquía. Si lo acertaron ó no, digámonos por una parte los federales muertos y emigrados, y por otra los democratas que han hecho causa común con los radicales; díganlo sobre todo el Sr. Becerra, para quien si nose ha cumplido las consabidas condiciones, se han realizado los sueños de Jauja á juzgar por la relación de los sueldos que disfrutan él, sus parientes y sus allegados. Héla aquí según la publican varios periódicos:

Familia de Becerra. D. Manuel Becerra, ministro de Ultramar, con 120,000 rs., y diputado. D. Rafael Coronel y Ortiz, hijastro de Becerra, oficial de Gobernación primero con 30,000 reales, y luego oficial de Gracia y Justicia con el mismo sueldo; pero con la categoría de presidente de sala, y diputado.

D. Eduardo Martínez de la Cámara, pariente de Becerra, oficial del Ultramar, con 30,000 rs. El administrador de Hacienda de Lugo, pariente de Becerra.

D. Salvador Saulate, pariente de Becerra, gobernador de Lugo.

Un portero del ministerio de Ultramar, con 40,000 rs., colocado por haber sido criado del señor Becerra.

D. José Muñoz, administrador en Cuba, con 100,000 rs., pariente de Becerra.

D. Mariano Saperito, pariente de Becerra, empleado en Puerto Rico con 80,000 rs.

D. Ramon Castelleiro, pariente de Becerra, empleado en Cuba con 90,000 rs.

D. Mariano Manuel Gastonera, pariente de Becerra, empleado en Cuba con 60,000 rs.

D. Pedro Fusería, pariente de Becerra, empleado en Cuba con 80,000 rs.

D. Nicolás Soler y Becerra, pariente del ministro de Ultramar, empleado en Cuba con 80,000 reales.

D. Ruperto Solís y Martínez, pariente de Becerra, empleado en Cuba con 100,000 rs.

D. Fulgencio de Soldevilla, pariente de Becerra, empleado en Puerto Rico con 60,000 rs.

D. Pelayo Suñeira, pariente de Becerra, empleado en Cuba con 80,000 rs.

Nuestra imparcialidad nos obliga á añadir que según *El Puente de Alcolea*, el señor Becerra no tiene otro pariente empleado que el Sr. Coronel Ortiz; pero séanos permitido observar que por mucha inventiva que tenga *Gil Blas*, autor de la precedente lista, no parece probable que hubiese desahogado esa cualidad en grado tan extraordinario como da á entender el periódico defensor del señor ministro de Ultramar.

La Iberia dice que va á celebrarse una gran junta de carlistas en Bayona. Con este motivo les aconseja que abjuren de sus errores y reconozcan su impotencia. No es mala idea. Los carlistas deben abjurar de sus errores en manos del Sr. Rivero como este abjuró de su republicanismo en manos del general Prim, y como este había

abjurado antes de su isabelismo en manos del duque de Montpensier.

Estas abjuraciones son muy comunes entre los liberales, y por eso no es maravilla que las aconsejen a los carlistas. Sólo que los carlistas en vez de abjurar, juran que no han de vivir ni sosegar hasta que acaben con el liberalismo.

Pero *La Iberia* dice algo más. *La Iberia* aconseja también a los carlistas que reconozcan su impotencia.

Los carlistas no pueden hacer un reconocimiento semejante cuando los liberales reconocen precisamente lo contrario. *La Política* de anoche nos da una prueba de ello. Refiriéndose a la noticia dada por un diario sobre si algunos personajes del carlismo habían acordado publicar varios periódicos en España, dice *La Política*:

«Este último no nos parece probable, pues tanto en Madrid como en provincias hay ya sobrados periódicos carlistas, y por cierto que no dejan de ser notables el ardor con que combaten y el número de suscriptores con que cuentan.»

Esta justa observación de *La Política*, que se funda en hechos innegables, demuestra bien a las claras que es una soberana ridiculez pedir al partido carlista que reconozca su impotencia.

El partido carlista dice, aunque en sentido opuesto, como los revolucionarios franceses: *Cárra*.

El Telégrafo autógrafa ha oído decir que el proyecto de unificación de la deuda tiene por principal objeto el contener la gran baja que está sufriendo el consolidado en el extranjero.

Es sabido que los bolistas establecen diferencia entre el consolidado exterior antiguo y el de nueva creación. Los títulos de nueva creación, de los que parece que hay una cantidad inmensa, se cotizan con gran dificultad, lo cual influye para que bajen cada día más los antiguos y también los títulos del consolidado interior.

«Este es en nuestro concepto, dice *El Telégrafo*, el principal móvil que ha tenido el Sr. Figuerola para unificar la deuda, pensamiento que, según se dice, no pertenece al ministro español sino a una sociedad que tiene en cartera considerable cantidad de valores españoles.»

Esto último nos parece de tanta gravedad que si no es cierto, el Sr. Figuerola debe apresurarse a desmentirlo de la manera que pueda.

Hablando del mismo asunto, dice *La Epoca* lo siguiente:

«Esta sociedad, dueña a su voluntad del alza y de la baja, porque dispone a su arbitrio de masas enormes, de títulos y de metálico, es causa de la paralización que sufren las transacciones, pues nadie se atreve a especular ni aun a los bajos precios que tienen nuestros valores, en la seguridad de ver inundado de papel el mercado apenas los precios mejoren un poco.»

También se ha dicho, y esta no la damos sino a reserva de rectificarla si no fuera exacta, que bajo la garantía de los proyectos presentados a las Cortes, se han firmado estipulaciones secretas: y puesto que hemos de decirlo todo, también corre el rumor de proposiciones bastante aceptables presentadas al Sr. Figuerola por casas que nada tienen que ver con el Banco de París.

Nosotros desearíamos que ante todo se buscara, no en el crédito, sino en los presupuestos el arreglo de la situación financiera.

En *La Descentralización*, periódico francés, leemos lo siguiente:

«Las noticias que recibimos de España nos permiten afirmar que el señor duque de Montpensier, a pesar de todos sus esfuerzos y el concurso devotísimo del Sr. Topete, no ha podido reunir una minoría respetable en las elecciones de Oviado.»

Repetimos que la causa de Montpensier se perdió para siempre desde el momento en que notuvo energía para ponerse al frente del movimiento que Serrano y Topete dirigieron desde Sevilla a Madrid.

Nos escriben que el partido monárquico hace grandes progresos, porque los hombres que, durante largo tiempo, estuvieron divididos reconocen su error y se nota por esto una gran reacción en los ánimos.

La causa de D. Carlos tiene grandes probabilidades de éxito sobre todo desde que Cabrera ha recibido del señor duque de Madrid todos los poderes necesarios para organizar no solo el partido carlista del cual es ídolo, sino para anudar relaciones con los hombres de todos los partidos que quieren salvar a España y que aprecian el carácter del joven príncipe.

Habiendo aceptado el general Cabrera con entusiasmo y celo esta pesada carga, trabaja activamente, según nos consta: ha recobrado su antigua actividad que basta para todo, y gracias a esta poderosa palanca la causa de Carlos VII hace cada día nuevos progresos.

L'Union, por su parte, dice lo siguiente:

«Recibimos hoy de la frontera de España informes que confirman el juicio que hemos manifestado sobre la doble derrota del duque de Montpensier, y las indicaciones que hemos hecho sobre la actitud de los carlistas.»

El partido monárquico, largo tiempo ha dividido, se recoge y se organiza; las disensiones desaparecen, las prevenciones se olvidan. Autorizado con la confianza del duque de Madrid, el general Cabrera trabaja muy activamente, no solo en dirigir el partido de acción, sino en establecer relaciones útiles entre los hombres de diversas opiniones.

Todo el mundo sabe cuán grande es el valor militar del conde de Morella, y cuán popular es su nombre. Cabrera probó una vez más que es digno de la alta confianza que en él se ha depositado, y que su país no se engaña cuando espera de él nuevos y eminentes servicios.

¡Pues no tiene valor *La Independencia Española* de decirnos que fuera de sacristías y gente de iglesia no hay en el partido carlista sino piratas de todos los partidos que se batan por el botín!

Torpe está, a fé nuestra, el diario progresista. Sus palabras, en efecto, ó nada dicen

ó reconocen que esos pájaros de mal agüero, semejantes a otros que arruntan las batallas, auguran la proximidad de nuestro triunfo y la ruina del liberalismo.

Tal vez tenga razón el diario esparterista.

El Universal toma muy a pecho que se haya obligado a ir a Misa a un oficial de ejército que se negaba a ello, fundado sin duda en la libertad religiosa.

¡Terrible trancel un pobre hombre a quien se le lleva a la fuerza a la Iglesia un cuarto de hora por semana.

¡Siquiera fuese voluntariamente a ganar un crecido sueldo, como va todos los días *El Universal*, no a la Iglesia, sino a la comisaría de los Santos lugares, a cuidar de la tierra Santa, a velar por los pobres frailes que allí nos representan, a vivir, como quien dice, de las limosnas de los fieles entregadas por amor a ese Dios a quien de continuo maltrata el diario progresista!

Parece que el Estado debe a la diputación provincial de Valencia unos cuarenta millones de reales.

Y supuesto que los debe, claro está que la diputación no los ha cobrado. Verdad es que si no los cobra, es porque no puede. Mas al parecer lo que la diputación provincial de Valencia no consigue cobrar, tiene esperanza de cobrarlo un Sr. Portillo, el cual ha propuesto prestar sus servicios a la diputación, mediante la friolera de cuatro millones.

¿Qué escándalo es este? pregunta un periódico en vista de todo ello. ¿Escándalo? Ninguno. Es que estamos en pleno liberalismo, y el liberalismo es germen fecundo de soberbios negocios. ¿Cómo si no había de estar hoy a la cuarta pregunta este país, ántes floreciente? ¿Cómo si no se habían de haber enriquecido con la política los que por ella han abandonado hasta los asuntos domésticos? ¿Cómo si no habían de brotar políticos a montones hasta de los adoquines de las calles.

Insiste *El Universal* en que se arroje de Filipinas a los frailes, «que han convertido el archipiélago filipino en patrimonio suyo, con mengua y desprestigio de la nación española.»

Un poco de calma aconsejamos al diario progresista. El buen orden exige que principemos por emancipar a España; *patri-monio* hoy de los revolucionarios; y después no vendría mal que los frailes de Filipinas vuelvan a la Península, en la cual a poco que continúan desmoralizándola los revolucionarios, harán aquellos más falta que en los desiertos de Asia.

Así verá satisfechos sus deseos *El Universal* y nosotros los nuestros. Esto, por supuesto, salvo que para entonces no hayan dado cuenta los amigos del diario progresista de España y sus colonias.

La propaganda protestante es una propaganda muy singular. Nuestros misioneros, vestidos con el burdo traje del penitente, atraviesan mares y tierras para llevar la palabra salvadora a los infelices que yacen en las tinieblas del error ó de la ignorancia, y para recibir una muerte cruel en defensa de la verdad. Los misioneros protestantes, vestidos con el frac y las tirillas de los *gentlemen*, recorren en magníficas carretas las poblaciones de nuestro país y, verdaderos Dulcamaras, venden thé y elixires con excusa de los cuales propagan su Biblia que es otro elixir de pega como el que sirve para prolongar la vida.

Prueba de esto es la relación que publica *El Diario de Barcelona* de un hecho que acaba de acontecer en la capital del principado catalán. Un Sr. Hume se presentó días pasados en la plaza del Comercio a ponderar las prodigiosas virtudes del thé, único que vende desde su coche. Al poco rato de hablar, dejó el thé y sacó una Biblia con la cual exaltó las doctrinas protestantes y combatió las católicas. Un joven que iba en el pescante de otro coche se levantó a refutar las doctrinas protestantes, con lo cual se armó una gresca entre el público cuyo parecer se dividió ya poniéndose de parte del Dulcamara, ya de parte del católico. Medio terminada la discusión, cada uno de los contricantes, viendo el tumulto que había producido, se marcharon con sus respectivos coches y trastos.

El Diario de Barcelona se lamenta de este espectáculo, porque las cuestiones religiosas, dice, no deben tratarse con tan poca veneración en la plaza pública. Queremos suponer que esta veneración no la hará extensiva el diario católico liberal al protestantismo. De todas maneras, el culpable de semejante espectáculo es el droguero-misionero que viene a herir el sentimiento religioso de un país con predicaciones ridiculas de una secta desacreditada, y que en vez de hacer su propaganda como los misioneros católicos, por medio de la práctica de la virtud austera y del sacrificio sublime, se vale de la venta de drogas a guisa de charlatan sacamuelas.

Predican desde lo alto de un coche y ejercen el comercio estos propagandistas cha-

vacanos, que se jactan de traernos la luz. ¡La luz en cajas de té! Verdad es que a los chinos les meten por los ojos la luz en cajas de ópio. Es el mismo sistema en todas partes.

Definitamente *El Imparcial* se ha propuesto no dejar en paz a los carlistas. Hoy da a sus lectores la estupenda noticia de que «muchos comités se han juramentado, formando lo que llaman el pacto, y según parece, a esta organización respondía la organización en Madrid de comités ó juntas que el gobernador no ha creído deber autorizar.»

Por de pronto, diremos que no hay una palabra de verdad en estas noticias de *El Imparcial*, sin exceptuar lo que atribuye al gobernador de la provincia, que ya dijo ayer, y hoy repite no sabemos con qué fundamento ni para qué fin. El gobernador de Madrid no ha negado hasta ahora autorización ninguna a la junta central de Madrid, ni esta la ha pedido.

Por lo demás, *El Imparcial* que tiene poderosos motivos para conocer ciertas cualidades de los carlistas, sabe perfectamente que estos no necesitan juramentarse ni firmar pactos de ninguna especie para cumplir los deberes todos que les impongan las circunstancias.

No hay, pues, nada de juramentos, ni de pactos ni otras tonterías a que tan aficionados son los liberales. El partido carlista habla y obra a la luz del día, ateniéndose estrictamente a las leyes que ha dictado la tiranía liberal, y respetando estas leyes y obrando a la luz del medio día, está seguro de triunfar. No tiene nada que ocultar, no tiene que hacer pactos secretos, y pierde el tiempo *El Imparcial* si se propone hacer creer que las juntas que está constituyendo el partido carlista tienen un carácter que nadie ha pensado en darles.

¿Hace esto *El Imparcial* para distraer a *La Política* y evitar los dardos que días atrás dirigía este periódico a *El Parcial*?

Parece que el cabo de la Guardia civil que acompañaba en su viaje de Madrid a Cádiz a nuestro querido amigo el señor marqués de las Hormazas, se ha fugado llevándose consigo al preso.

No recordamos que la Guardia civil haya cometido jamás atentado de esta especie. Lo que ha hecho un guardia civil con un carlista, no lo han hecho jamás con ningún liberal los individuos de aquel benemérito cuerpo, destinado a perseguir malhechores. Se comprende la diferencia.

Pero no digamos más; porque la fuga de que hablamos estará *sub judice*, y la prudencia impide descender el velo del sumario.

Solo nos permitiremos regar al susodicho cabo de la Guardia civil que en Gibraltar ó donde se halle cuide cariñosamente a nuestro amigo, que bien necesita reponerse de lo mucho que ha sufrido desde que en Julio del año pasado intentaron asesinarle algunos liberales de Pamplona.

Leemos en *El Imparcial*:

«El señor ministro de Gracia y Justicia ha dirigido una circular a los regentes de las audiencias, encareciéndoles la necesidad de que el personal del orden judicial responda plenamente, no solo a lo que de él debe siempre esperarse y a la dignidad de la magistratura, sino también a las exigencias de las actuales circunstancias, y encargando a los regentes que velen cuidadosamente por el cumplimiento de este deber.»

Como la circular hable con tanta claridad como *El Imparcial*, no dejarán de quedar enterados los empleados del orden judicial. ¿Qué clase de deberes ese que imponen las actuales circunstancias? Cuando *El Imparcial* no lo dice, debe haber en eso su intrínseco.

El tiempo aclarará el misterio.

El señor Obispo de Segovia ha dirigido a las Cortes la siguiente exposición, oponiéndose al establecimiento del matrimonio civil:

«El Obispo de Segovia, que ha leído con grande sorpresa y profundo sentimiento el proyecto presentado a las Cortes en 16 de Diciembre del año último, con el fin de que estas lo elevasen a ley del reino, y den su voto aprobando el matrimonio civil, no puede menos, impulsado tanto por su conciencia como por el bien de las familias, de desaprobar el tal proyecto que es contrario a lo que los sagrados cánones y en especial los del Concilio de Trento tienen ordenado y mandado observar a todos los fieles, para que sus matrimonios sean lo que deben ser, es decir, que sean uno de los siete Sacramentos instituidos por Jesucristo, fundador de la verdadera Iglesia.»

El Obispo que suscribe no molestará ni distraerá a los señores diputados de las Cortes Constituyentes, aduciendo pruebas sobre la incompatibilidad del matrimonio civil, con lo que la Iglesia tiene establecido sobre materia de matrimonio entre los verdaderos cristianos.

Los señores diputados saben ya lo que sobre el particular han expuesto los señores Cardenales, Arzobispos y Obispos de las diócesis de España, hoy en Roma, a la consideración de las Cortes, por lo que el Obispo que suscribe nada puede añadir que no desvirtúe el mérito y fuerza de la indicada exposición; así que uniendo su voz a la de sus hermanos se adhiere en todo al contenido de dicho documento como si fuera uno de los que han tenido el honor de poner en él su nombre, y ruega y espera de la religiosidad de los señores diputados que negarán su voto a la admisión del proyecto presentado por el señor ministro de Gracia y Justicia.

Dios guarde a V. V. SS. muchos años.—Segovia Enero 19 de 1870.—Fr. RODRIGO, Obispo de Segovia.

La dirección general de contabilidad continúa publicando en la *Gaceta* las relaciones de los ingresos realizados por las dos terceras partes del 80 por 100 de bienes de propios y provinciales.

Según dice *El Eco Ferrolano* en su última hora, circulaban rumores en el Ferrol de haberse alterado seriamente el orden en la provincia de Lugo, añadiéndose haber salido tropas de la Coruña para dicho punto. Aquel periódico enlaza esta noticia con las de hallarse en dicha provincia muy excitada la opinión pública por escandalosos amañes electorales para hacer triunfar la candidatura Beranger.

Hemos recibido el primer número de *El Supra-gio Universal*, nuevo defensor de todas las libertades, del cual tomamos la siguiente noticia:

«La gran revista anunciada para anteayer se ha aplazado, sabe Dios para cuándo. Los militares no saben más, sino que han de estar preparados para cuando les avisen, y que está mandado que todas las cartucheras vayan bien provistas y que además se prepare una enorme cantidad de municiones de repuesto.»

Leemos en *La Epoca*:

«Hemos oído, pero no podemos creerlo, que en el trimestre de contribución que en el mes próximo ha de hacerse efectivo seguirá percibiéndose el recargo ilegal que aparece de la diferencia de cupo con arreglo a lo mandado por la ley de presupuestos. La administración se escuda con que está presentado un proyecto de ley para que en el próximo ejercicio se hagan las rebajas correspondientes; pero esto, que podía ser admisible respecto de lo veniente, por la dificultad de alterar los repartimientos, no se concibe después del tiempo que ha pasado en que han podido modificarse las cuotas al tenor de lo mandado por la ley.»

Leemos en *La Igualdad*:

«Con la firma de Pascual Fernandez, que dice profesar doctrinas carlistas, hemos recibido una atenta carta, que por su extensión sentimos no poder reproducir, en que se nos ruega hagamos presente el agradecimiento que los carlistas deben a los republicanos de Navarrete, y especialmente al comité, por la protección que estos los han dispensado contra los atropellos y arbitrariedades de los monárquicos.»

Las siguientes noticias son tomadas de *El Imparcial* de hoy.

«El nuevo diario *El País* parece que será órgano del Sr. Topete.

—Parece que tampoco se verificará esta noche la reunión de la mayoría, puesto que a la hora en que cerramos esta edición no se han circulado las invitaciones.

—No es cierto que el Sr. Merelles presente para candidato a la vacante de diputado a Cortes por Orense al duque de Montpensier.

—Por dicha circunscripción se presenta, según hemos oído, el Sr. Fernandez de la Hoz.

—Parece seguro que no transcurrirá la presente semana sin que se publique la circular del señor Rivero a los gobernadores de provincia.

El Sr. Peris y Valero, gobernador de Valencia y uno de los agraciados con una gran cruz, debe permutar con el Sr. Ezcaray, gobernador de Alava, celebra por su bando contra las boinas y los garrotes. En la ciudad del Cid, según dice un periódico, se apalea a los fósforeros que venden cajas con el retrato de Carlos VII. El Sr. Rivero hará bien trasladando a Valencia al Sr. Ezcaray para que se cuestra los garrotes y suprima los fósforos, y con enviar al Sr. Peris a Vitoria para que los alaveses disfruten de los derechos individuales. Por aquí debía empezar el importante arreglo de gobernadores que proyecta el ex-alcalde popular de Madrid.

Mientras en las regiones del poder continúan los banquetes y saraos, *La Correspondencia de Galicia*, periódico de la Coruña, dice que andan por las calles de aquella capital, mendigando una limosna, muchos individuos de clases pasivas a quienes se adeudan cuatro meses.

Asegura *Los Dos Reinos* de Valencia, que aun cuando el Sr. Peris y Valero cese en el cargo de gobernador de la provincia, no dejará de publicarse.

Además hace constar que dicho señor no deja, por ahora, el puesto que ocupa.

¡Vaya un par de noticias!

La Igualdad publica al frente de su número de hoy lo siguiente:

«El Casino republicano federal, establecido en la calle del Desengaño, en sesión celebrada anoche, nombró una comisión de su seno para que se acercase al Sr. Figueras y ponga en su conocimiento los acuerdos en él tomados, y que son: 1.º, que el Casino hace suyas las palabras pronunciadas en el Parlamento por el diputado Figueras contra el conde de Luque, porque abriga la más íntima convicción de que, en efecto, Guillen fue asesinado, y al expresarlo así el referido Sr. Figueras, no ha hecho más que ser el fiel intérprete de la justa indignación de todo nuestro partido; 2.º, que siendo posible que nuestros enemigos traten de ocultar la verdad de los hechos, provocándole a un duelo, el Casino republicano se cree en el deber, no solo de aconsejar, sino hasta de imponer al Sr. Figueras la obligación de no admitirle mientras los hechos no se hayan esclarecido completamente; y, por último, que todos los socios se hallan dispuestos a hacer cuantos sacrificios se necesiten para contribuir a los gastos y atenciones que sean menester para llevar a cabo las pruebas.»

Una espantosa catástrofe acaba de ocurrir en Liverpool. Uno de los diarios que se publican allí la refiere en los términos siguientes:

«La misión de los Hermanos de la Pasión, que desde hace algún tiempo se instaló en Liverpool, ha terminado de una manera harto trágica.

Dirigiase multitud de católicos a las ocho de la noche a la pequeña iglesia de la calle de Grosvenor, y había ya en ella más de 2,000 personas, las que, no pudiendo encontrar sitio, entraron en la escuela que existe bajo la misma capilla, y que contenía ya de setecientos a ochocientos niños, para los cuales se hacía un servicio especial.

En el transcurso del sermón, un hombre ebrio, que al parecer pudo encontrar sitio en la sala de la escuela, dijo, esforzándose la voz, al predicador:

—Despachad pronto, que bastante habeis hablado.

Excusado es decir el escándalo que semejante interrupción producía. ¡Fuerza gritaron de todas partes. Los concurrentes se agitan y se empujan; en una extremidad de la sala se rompió una vidriera. Redobló el tumulto, y los niños gritan.

Hay que tener en cuenta que la mayor parte de los asistentes llevaban en la mano una vela encendida. ¿Se inflamó acaso algún vestido? No

se sabe; pero de repente exclamó todo el mundo en un grito unánime: ¡Fuego! Esta inmensa sala tiene dos salidas, una a cada extremo; se dirigen a ellas tumultuosamente. Al mismo tiempo, los asistentes de la capilla, aterrizados por el grito de ¡Fuego! se precipitan hacia una calle estrecha en que está situada la iglesia. En este oleaje humano se agita, cede y empuja en encontradas direcciones, caen mujeres, niños y hasta hombres, y son pisoteados. Imposible es describir tan espantosa escena, así como los gritos desgarradores que se escapan de la muchedumbre aterrizada. Cuando pasaron los primeros momentos del pánico, había quince cadáveres. Un número de personas heridas fueron trasladados al hospital. Muchas de estas ofrecen un estado grave.»

CORREO DE HOY.

Dice una carta de Roma del 27, que aquel día también se celebró Congregación general, hablando en ella seis Padres. La discusión continúa sobre el *Schema Devota et honestate clericorum*, para la cual tienen pedida la palabra otros diez ó doce Prelados.

Como se vé, los Padres del Concilio, a pesar de su ancianidad y del excesivo frío que hace en Roma, desdénan las fatigas y trabajos y tienen cuatro ó cinco horas de sesión casi diaria.

Oremos nosotros, para que Dios corone sus esfuerzos por el bien del mundo.

Ha fallecido en Roma el Reverendo señor Francisco Suarez Paredo, Obispo de Veracruz (Méjico).—R. I. P.

Dicen los periódicos extranjeros, que la propaganda socialista va tomando un carácter tan alarmante, sobre todo en Italia, Austria y Francia, que los Gobiernos de estos países tratan de ponerse de acuerdo para contrarrestar ó inutilizar los esfuerzos de la demagogia.

Castigo y consecuencia de la revolución. Combatir a la Iglesia, quitar el freno moral y religioso a los pueblos, es traer la demagogia. Querer anular el socialismo en las naciones modernas por medio de la política, es una locura.

Contra el socialismo no hay más remedio que el Catolicismo. Restaurar la fé perdida, deshacer la obra de la revolución, es el deber de los Gobiernos y de los pueblos. Si no lo hacen, la catástrofe es inevitable.

Leemos en una carta de Roma:

«Los Padres trabajan con ardor sobre el último *Schema* que se debe distribuir, segundo de materias dogmáticas, que trata de la constitución de la Iglesia.

Este *Schema* será puesto a discusión dentro de poco tiempo y con él, según rumores, la gran cuestión de la infalibilidad. Hay aquí mucha alegría y confianza porque se espera un gran acontecimiento. Todo el interés se concentra en esta cuestión, la más grave, digase lo que quiera, de los tiempos actuales. Se espera una definición.

Citase una frase bien dicha que un Obispo muy ingenioso ha dirigido a otro Obispo literato cuyas ideas y tendencias así como sus alabanzas a ciertos hombres son bien conocidas. Parece que el primero dijo al segundo, apretándole cortés y graciosamente la mano: «*Tw es sagittarius et thuriferarius gallicanismi morientis*».

Yo añado: amen.

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

Se ha abierto la sesión a las tres menos cuarto, y se está verificando el sorteo de secciones, como primero de mes.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

PARÍS, 31.—En toda la semana, el Gobierno presentará al Cuerpo legislativo el proyecto de ley abrogando la ley de seguridad general. Dicha ley ha sido ya despachada por el Consejo de Estado.

En una reunión de hombres importantes, M. Emilio Ollivier ha declarado que tan pronto como se promulgara la nueva ley sobre la prensa, el Gobierno dará una amnistía general para todos los delitos procesados ó condenados ya por los tribunales.

En la Bolsa de hoy se ha cotizado:
El 3 por 100 interior español, a 22 1/4.
El 3 por 100 exterior id., a 26 1/2.
El 3 por 100 francés, a 73 65.
El 4 1/2 por 100 id., a 103-90.
El 5 por 100 italiano, a 55-25.

LONDRES, 31.—Consolidados ingleses de 92 3/8 a 1/2.

CONSTANTINOPLA, 31.—No ha terminado la crisis ministerial y sigue muy amenazada la posición del gran visir.

ROMA, 31.—El representante de Baviera ha remitido al Cardenal Antonelli una nueva nota del ministro Hohenlohe contra la infalibilidad del Papa. En su consecuencia, el Cardenal ha tenido una larga conferencia con el cardenal Hohenlohe, hermano del presidente del Consejo de ministros de Baviera. Circulan mil rumores contradictorios con motivo de esta importante cuestión.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 23-35 y 40; pequeños, 24-00 y 24-25; a plazo, 23-55 fin cor. vol.

Títulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 23 15 y 25.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, no publicado, 99-50 p.

Idem id. de la 2.ª serie, publicado, 91 50.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., publicado, 62-25, 30 y 40; no publicado, 62-50; a plazo, 62-55, fin cor. vol.

Obligaciones generales por ferro-carriles de 2,000 rs., publicado, 43-25, 20 y 15.

Acciones del Banco de España, no publicado, 130 50.

BOLSAS EXTRANJERAS.

PARÍS, 31.—El 3 por 100 interior español, a 22 1/4.—El 3 por 100 exterior idem, a 26 1/2.—El 3 por 100 francés, a 73 65.—El 4 1/2 por 100 id., a 103-90.

LONDRES, 31.—Consolidados ingleses, a 92 3/8 a 1/2.

